

# Apocalipsis

Guía para el lector  
de Cristóbal Serra



Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Diseño gráfico: Gloria Gauger

Colección dirigida por Jacobo Stuart

© De la Guía para el lector, Cristóbal Serra, 1980, 2003

© Ediciones Siruela, S. A., 2003

Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»

28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02

Fax: 91 355 22 01

[siruela@siruela.com](mailto:siruela@siruela.com) [www.siruela.com](http://www.siruela.com)

Printed and made in Spain

## Índice

Guía para el lector	
Introducción	9
Fortuna del libro	16
Distintas «claves»	20
Las cartas	34
La apertura de los sellos	37
Los cuatro jinetes	40
El sexto sello	42
Las trompetas	44
Las langostas	47
Visión intermedia	50
Los dos testigos	54
La séptima trompeta	60
La mujer y el dragón	62
Las dos bestias	66
Las siete copas de la ira	72

La bestia escarlata	90
Babilonia la grande	97
El jinete del caballo blanco	102
El Milenio	106
Cielo nuevo y tierra nueva	112
El Apocalipsis o Revelación de san Juan el Teólogo	119

## Guía para el lector

### Introducción

Este itinerario del Apocalipsis, que pongo en manos del lector, no pretende ser fruto de la erudición. No soy hebraísta, no estoy versado en la lengua helénica y títulos no tengo de escriturario.

Escribo sobre, el Apocalipsis, consciente de que puede ser manco cuanto escriba sobre tan misterioso y profundo libro.

Declaro mi ignorancia sobre ciertos pormenores (a los que dejo de lado), y sé que tengo que vérmelas con un texto difícil, al que nadie jamás pudo descifrar enteramente.

Es siempre un riesgo comentar un libro. Y más si éste es el Apocalipsis, que ha tenido tantos intérpretes como lectores. Si hallo alguna excusa a mi temera-

ria empresa, es el propósito que me anima de ayudar al lector no avezado, que desee acompañarme en ese recorrido.

Hechas estas salvedades, tengo que decir que no es mi propósito convencer a nadie. Para eso están los apologistas. Pero quién sabe si sonarán a apologética ciertos conceptos que aquí deslizo.

Si me atrevo a habérmelas con tan arduo texto, es porque quien menos titulado está muchas veces saca de apuros a quien sobran títulos. Sucede a menudo que dos alumnos aciertan a resolver las dificultades que el maestro no superó.

Cansados estamos de ver maestros que, en vez de evacuar la consulta, abruman con una información innecesaria, callándose la explicación que les requeríamos. Estoy convencido de que quien está sumido en un mar de dificultades ve a veces mucho menos que quien no tiene turbada la vista por ninguna ola gigantesca.

En este itinerario, pues, escribo como el simple aficionado que, habiendo cobrado afición al Apocalipsis, quiere reducir las dificultades del intrépido lector.

Me sirvo de no pocos libros y de hartas anotaciones, sin que sea mi norte el instruir. Podrá hasta parecer que utilizo el Apocalipsis para dar rienda suelta a mis desahogos, y no ha de faltar quien crea que trato de emperchar en estas páginas ensayos misceláneos. No es éste tampoco mi propósito. Pero, si la reflexión abunda, será porque el libro se presta a toda suerte de consideraciones.

El problema de la paternidad del Apocalipsis no es de fácil solución. Se han empeñado en resolverlo las edades, y aún sigue en pie. Provistos de las más arriscadas noticias, tal vez podamos establecer la distinción entre Juan el Presbítero y Juan el Apóstol, pero sin ir muy lejos. Que yo sepa, hasta ahora, nadie ha salido que haya demostrado que no es san Juan el autor. Tampoco puede la tradición asegurarnos que el Juan que lo escribió sea el susodicho san Juan. Un enigma, sí, y no apostaré por ninguna paternidad de las que le cuelgan.

Debo dejar constancia, desde un principio, de este problema sumamente complicado, para que el lector sepa que está ante un fenómeno misterioso. Por otra

parte, los caminos del Apocalipsis le reservan no pocas sorpresas y estremecimientos.

El Apocalipsis constituye, según consenso general, el gran enigma del Nuevo Testamento. Larrea observa que «si la Providencia u orden psíquico trascendental de que proceden cierto género de “azares” existe y tiene algo que ver con el cristianismo, no ha podido permanecer desinteresada de tan importante negocio».

No están todas las «contingencias» del cristianismo despejadas. La conciencia moderna tropieza con el grave inconveniente de la falta de documentos. Así, resulta que es poquísimo lo que se sabe de realidad tan apasionante, y ello explica la cautela con que, en esta oscuridad, han ido palpando ciertos tanteadores. Ante tanto residuo que puede ser mal interpretado, la mente positivista ha decidido tirar el fenómeno entero al pozo de la basura. Mientras, por su parte, la mente que tiene en su feudo la fe se obstina en aderezar un muy eclesiástico «pastel de liebre sin liebre».

Sin duda alguna, el Apocalipsis es una obra oscura; pero esa oscuridad se intensifica más aún por el género literario, que resulta no solamente extraño, sino

incluso desconcertante. No sabemos bien de qué se trata, aunque no se nos oculta que es literatura profética. Y no deja de ser curioso que, siendo profética, no haya en ella ninguna referencia al Jesús histórico, como tampoco ninguna de las peripecias del Evangelio.

No es obra que tenga que ver con la literatura occidental, siendo de tan rancio abolengo judío. Libros del mismo corte se han de ir a encontrar en la literatura hebrea, que abunda en manifestaciones proféticas y apocalípticas. Quien lee el libro de Daniel o el de Enoc está dentro de esta onda. Las profecías de Ezequiel y de Isaías son parecidas a la mente poético-profética de Juan.

Todo lo que en el Apocalipsis se lee, no sé si es nefasto, pero sí terrible. Una gran parte de sus capítulos son amenazas, persecuciones, humillaciones, catástrofes, convulsiones de la naturaleza y de la sobrenaturaleza, de modo que el lector se pregunta qué novedad podrá aportar el Juicio Final que no esté en cada página de la Revelación. Claudel, que no es amigo de heterodoxias, se pregunta: «¿Por qué no habrá un Apocalipsis del Bien como lo hay del Mal?».

Le cuesta encontrar una respuesta y de hecho no la halla. Pero dice muy sabiamente que el Apocalipsis no se ha escrito para complacer nuestra curiosidad, sino para ayuda nuestra, exponiéndonos en forma sintética los principales movimientos de la carta difícil que tenemos que negociar.

El principado de este mundo corresponde a Satán. Es éste un hecho positivo, incómodo o no, con el que no queda más remedio que pechar. Es a través del diablo como tenemos que militar.

Con Claudel, es cierto, no se apuran las interpretaciones. Y ahí tenemos a Larrea, profeta de este siglo negro, que nos propone su singular interpretación. En *La espada de la paloma* (libro escrito en 1956, que vio la luz en Méjico), Larrea, hondamente transformado por la Guerra Civil española, descubre en el Apocalipsis de Patmos «el documento donde la aversión antirromana presenta caracteres más absolutos y luces más lívidas».

Sagazmente presenta Larrea el Apocalipsis como una réplica a una epístola de Clemente Romano, que a su vez fue una réplica a unos sucesos de Corinto. Según Larrea, «es seguro que una obra de esta abra-

sadora lucidez sólo pudo ser concebida por persona vitalmente interesada en aquellos sucesos».

¿Simple reacción doctrinal, indignación personal ante la «agresión», «libelo» del Romano? ¿Es eso meramente el Apocalipsis?

Aunque sea la iracundia el fondo tonal de esa profecía, bien se ve que esta obra abriga propósitos más ambiciosos que los meramente anecdóticos de una respuesta más o menos furibunda. Ya sé que en Larrea estos propósitos anecdóticos se convierten en categoría.

Si así fuera, y parcialmente lleva Larrea toda la razón, véase lo que son las cosas. El libro más aterrador contra Roma, más denostador, se hace más tarde, en la Edad Media, no sólo el sustentador del sistema de Clemente, sino su alentador. El Apocalipsis, con su orgía de terrores, tan bien orquestada, ha sido en realidad uno de los mayores agentes cohesivos con que ha contado la Iglesia romana para mantener su hegemonía soteriológica. Con frase gráfica, diríamos que, durante la Edad Media, actuó de perro ladrador al servicio del Pastor de Roma.